



XXI

## EL PECADO

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la  
misa ferial del 15 de marzo de 1876

*Dixit insipiens in corde suo:  
Non est Deus.  
Dijo el impío en el fondo de su  
corazón. á fin de pecar libremente:  
No hay Dios.  
Ps. XIII, v. 1.*

No le basta al mundo, mis hermanos, oscurecer la razón del hombre por medio de la lectura de tantos libros perversos y debilitar su voluntad amedrentándola con el fantasma del respeto humano, que insensiblemente lo aparta de Dios, levantando entre este ser adorable y su corazón un insondable abismo; todavía queda un asilo en el espíritu del pecador donde se refugia la religión que huye de su entendimiento y de su voluntad, donde resuena la palabra de Dios de tiempo en tiempo, donde se sienten las suaves impresiones de la gracia; ese sagrado asilo es la conciencia, santuario invisible é inviolable en el que el Dios de la justicia y de la paz asienta su trono, desde el cual emprende constantemente la conquista de ese corazón rebelde, ya con las dulces insinuaciones de su misericordia, ya con las terribles amenazas de su justicia; santuario oculto en lo más



profundo de su seno, inexorable quizá á los mismos que el pecado pretende seducir; más no lo será, mis hermanos, á la satánica industria con que el mundo pretende llegar, y llega en verdad, á ese sagrado tabernáculo para arrancar del espíritu del pecador las últimas esperanzas de conversión y de salud, para conducirlo seguramente hasta la sima insondable en donde perdido ya, exclame como un insensato embriagado de furor: *Dijo el impío en su corazón, para entregarse libremente á la corriente de sus pasiones, no hay temor de Dios.*

—¡Oh gran Dios! ¡A qué situación debía llegar el hombre, apartado de los caminos de la rectitud y de la justicia! ¡A qué espantoso estado puede llegar una criatura racional, que debía pasar por este mundo, como un peregrino que se encamina á la eternidad! ¿Quién pudo arrancar así de esta hechura de tus manos tu imagen adorable? ¿Cómo pudieron borrarse en el alma del hombre los últimos rayos de esa adorable fisonomía que formaba la delicia de los cielos y el encanto de los ángeles? Funesto y terrible resultado, mis hermanos, de la tranquilidad de la conciencia en el pecado, de la paz del alma entre las prevaricaciones de la ley santa de Dios, de la calma profunda de la conciencia, que no cede ya ni á los truenos del Sinai, ni á la voz tierna y amante del pastor que convida al redil á la oveja extraviada. Y sin embargo, tal es la suprema realidad que el mundo convida á sus adeptos, repitiéndoles, como en otros tiempo, las palabras de Satán al Hijo de Dios vivo: *Yo te daré riquezas, honores, placeres, días serenos y tranquilos, vida dichosa y feliz, con la única condición de que te humilles y me adores.*

Mas, ¿por qué grados vá el hombre á este término fatal? ¿Cuáles son los pasos que lo conducen á este abismo de perdición? Materia es esta que vamos á estudiar hoy, mis hermanos, para acabar de comprender con la

meditación de este terrible efecto, de este resultado espantable, para acabar de comprender, repito, cuán grande es la desgracia, cuán triste el desertar de las banderas de Jesucristo, cuán amargo, como decía el Profeta Jeremías, abandonar al Señor Dios de Israel. Así acabaremos de entender cuán profundos males son los que produce en el alma ese respeto humano tan considerado en el día de hoy, esos libros de perdición que andan en todas las manos, que son leídos por todos los ojos, que son propagados con la más admirable rapidez.

Si yo logro, mis hermanos, infundiros un santo horror á estos libros de perdición, arrancaros la promesa solemne, en presencia de Dios, de ser más cautos para no aceptar de manos de cualquiera, del primero que os lo ofrezca, esos focos de corrupción, seré verdaderamente feliz, porque nada hay tan digno de las lágrimas del sacerdote, como el naufragio de la inocencia, como la ruina de ese edificio levantado por la gracia santificante en el corazón del hombre, que es verdadera y propiamente el tabernáculo del Espíritu Santo, la morada de su gloria.

Pedid pues á Dios los auxilios necesarios por la intercesión de María.

Si el mundo, mis hermanos, no procurara, por todos los medios que están á su alcance, embriagar al pecador en una falsa felicidad para introducirlo en la vía de la perdición, para impedir toda entrada en su alma á las sollicitaciones de Dios, para hacerle creer que realmente ha conseguido la paz y la tranquilidad, la dicha que tanto apetecía, para adormecerlo completamente en brazos de una felicidad insensata, hasta que despierte en el abismo de su perdición; si el mundo no procurara cegar así los ojos del pecador con tanta sollicitud y empeño, cumpliríase no solamente en realidad, sino también en apariencia, la sentencia del



Espíritu Santo: *No hay paz para el pecador ni para el impio.* Nó, replica el mundo, yo fabricaré una paz particular, una felicidad especial que será la recompensa que otorgue á los pecadores que me sirven; no será la paz de la virtud, ni la dulce y serena tranquilidad de la conciencia del hombre; pero será, es cierto, la paz de los sepulcros, la soledad de los desiertos, la calma de un mar tranquilo en cuyos abismos se agita la tempestad. Tranquilidad, calma engañosa, mis hermanos, que no tiene más objeto que entretener al pecador, durante los fugaces días de su vida mortal, para hacerle sentir inesperadamente y por sorpresa el terror de los juicios divinos. Pero esta transformación desgraciada del alma no se opera en un instante, mis hermanos; es demasiado viva la luz gracia en el corazón, demasiado suaves sus impresiones, muy profundas las raíces del árbol de la vida, para que todo esto se haga en un momento. Comienza el pecador por la ignorancia culpable de sus deberes, de la ley santa de Dios, de los preceptos venerables de la Iglesia, de las obligaciones particulares de su propio estado; en vano la Iglesia lo convida frecuentemente, al volver cada año sus solemnidades santas, á conmemorar los tristes y sagrados recuerdos de la pasión y de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo; en vano, con solicitud maternal, procura que acudan á escuchar de sus ministros la explicación de la ley santa de Dios. Ha dicho el Profeta de estos desgraciados: *No quisieron entender á fin de no obrar el bien.* Distruidos en sus ocupaciones, en sus asuntos, en sus diversiones, en sus placeres, corren los días, los meses y los años, y el pecador no se acuerda que hay un Dios que lo ha de juzgar, una eternidad, una muerte inevitable que ha de sorprenderlo; en nada de esto piensa. Sabe muy bien que, si quiere ser instruido en todos sus deberes, lesobran ministros de Dios, consejeros de paz y de salud que lo instruyan caritativamente, que le

muestren, como en otro tiempo el legislador Moisés á los israelitas, la senda que conduce á la vida y la otra que conduce á la muerte, que lo guíen por la primera y lo aparten de la segunda, que defiendan sus pies para que no tropiecen en los escollos del camino: todo esto lo sabe; pero de nada huye tanto como de los ministros de Jesucristo, de todo lo que sea recordarle sus deberes; quizá escucha algunas veces á esos consejeros por cortesía, por complacencia; pero muy pronto manifiesta que no es tiempo de ocuparse de eso, que tratará de estudiar todos sus deberes, que entre tanto lo preocupan, lo agobian una multitud de asuntos y que no es la oportunidad de ocuparse de aquellas cosas. Primer engaño, mis hermanos, primer grado de esa funesta perdición, primera piedra puesta por el enemigo de la salvación para levantar en el corazón del pecador el edificio en que ha de habitar eternamente. Ignorancia culpable de sus deberes, temeraria voluntad de permanecer en ellos, indiferencia completa para aprenderlos, repugnancia real manifestada de mil maneras, aunque encubiertas siempre con mil pretextos, para negarse á todos los que caritativamente lo instruyan.

Pero hay deberes que Dios ha impreso en el fondo del corazón: los fundamentos de la ley, los principios eternos de la justicia, los cimientos sobre los cuales reposa el mundo moral, esos principios eternos de la razón divina que Dios mismo no puede alterar, porque no son otra cosa que su revelación en el seno de las almas; nada de esto se puede borrar, ni destruir, ni debilitar siquiera en el fondo del espíritu; esa es la luz de la mirada de Dios encendida ahí perpetuamente para alumbrar al hombre y decirle lo que es bueno y lo que es malo, lo que es justo y lo que es injusto.

Todos estos deberes lo importunan también, porque el rencoroso siente en el fondo de su alma la voz de Dios



que promulga esta ley: *Ama á tu prójimo: no hagas á otro lo que no quieras que te hagan á tí; nada hay tan noble ni tan grande como perdonar, nada hay tan indigno como estar asechando con los instintos de una fiera, al enemigo, buscando, la ocasión en que está descuidado, inadvertido para herirlo, para ensañarse con él, para arruinarlo, para salirle al encuentro y refrescar entonces la memoria de una ofensa envejecida ya por el tiempo.*

La ley de Dios escrita en el fondo de nuestro corazón y promulgada ahí constantemente por la misma voz de Dios, dice que hay límite que no es dado al hombre traspasar, que el bien ageno es sagrado, que la reputación del prójimo es inviolable, que el lecho nupcial está defendido por un ángel que Dios ha puesto allí para que nadie se atreva á profanarlo. Pero todos estos preceptos de la ley natural chocan también, porque si es fácil enriquecerse con el bien ageno, cuanto importuna el mandamiento divino que dice: *No hurtarás*. Si se emplea la envidia, ó el espíritu de venganza, ó el apetito de engrandecimiento de cualquiera manera ó por cualquier medio indigno para arruinar al prójimo, para herirlo á mansalva, cuánto importuna el mandamiento de Dios que dice: *No matarás la honra del prójimo, no levantarás falso testimonio*.

¿Qué hace, pues, el hombre, no pudiendo huir de su corazón, ni de su conciencia, ni escuchar esa voz de Dios, ni apagar esa luz del cielo, ni cerrar los ojos para no verla? ¿Qué hace? Entonces proscribela ley, la elude con mil diversos pretextos, entonces se presenta á su vista su propia dignidad ultrajada, su honra vilipendiada, su nombre mancillado, el decoro de su familia arrastrado por el fango; la dignidad propia, su dignidad en el mundo tristemente comprometida si no se repara. Y se dice á sí propio, que es lícito cuidar

de la propia reputación, cumpliendo u no de los principales deberes y que el mismo Espíritu Santo le recomienda diciéndole: *Ten mucho cuidado de tu buen nombre*. Para disimular sus pasiones injustas contra la propiedad agena, ya que no puede evitar el precepto de Dios que le dice: *No hurtarás*, ¿qué hace el hombre? Fundándose en los principios materialistas de una economía mal entendida y peor aplicada llama á todo eso: comercio, ardidés legítimos sancionados por la costumbre, por el ejemplo de los que están colocados en principal lugar en el mundo, industria sancionada yá y que todos practican para obtener ganancias de esas que no corresponden al capital impuesto; pero que entre tanto, por un convenio tácito de las pasiones se sanciona, porque conviene á todos, porque es el arte de engrandecerse, porque la riqueza es un ídolo ante el cual rinden adoración todos, porque sin el brillo que este ídolo comunica á sus servidores, no es posible pasarla en el mundo, no teniendo siquiera una posición mediana y una reputación modelo. De esta manera, contra las prescripciones literales de la ley divina, contra los mandatos tan claros y tan sencillos del decálogo impresos en el fondo de nuestro corazón, busca el pecador estos diferentes medios, estas artes para eludir su cumplimiento, para burlar su eficacia. No puede negarlos; pero busca como disculparse siempre, diciendo que en el caso actual no le comprenden, que la ley no puede ser entendida rigurosamente, y que si es verdad que en sí misma no tiene excepción, las tiene y muchísimas, cuando se crean en la práctica diversos conflictos entre unos deberes y otros. Pero hay prevaricaciones claras de la ley divina, infracciones evidentes que no pueden disculparse de ninguna manera, porque ni la razón, ni las pasiones aciertan á descubrir ni el más leve pretexto para cohonestar ningún interés, sino es el de la propia malicia del cora-



zón en esa infracción de la ley divina; entonces se presenta el mundo con el conjunto de sus máximas, de sus doctrinas, de sus preceptos, de sus ceremonias, de sus costumbres, de sus prácticas y el pecador, que no tiene disculpa ninguna en el fondo de su conciencia, para esa infracción y violación audaz de la ley santa del Señor, acógese entónces á la debilidad de su corazón y en presencia de este conjunto de diversas dificultades que le pone el mundo, entrégase rendido á su funesto imperio.

De esta suerte es como las diferentes prácticas de la religión, los ejercicios de la piedad cristiana, los más minuciosos y detallados preceptos de la Iglesia, el ejercicio del culto divino en la administración de los sacramentos para llevar una vida cristiana, en todos sus actos, en todos sus instantes, en todas sus escenas, contando siempre con el ejemplo divino, así es, como, repito, se pierde todo esto, como naufraga ante las consideraciones del mundo. Ya se ha introducido en nuestras costumbres, ya no es posible luchar contra las exigencias del mundo, nos rodea por todas partes, respiramos en su atmósfera. ¿De quién es la culpa si desgraciadamente, ya no es la regla de las costumbres, si ya no reina en las familias, en las reuniones públicas, en las conversaciones, ni en ninguno de los actos el espíritu de Dios? Encontramos el mundo así, dice el pecador, así es preciso tomarlo. Pero, permitiéndolo así Dios para confundir su malicia y desconcertar la perfidia de ese corazón corrompido, no queda ahí su desgracia; pasa á la perdición, porque hay violaciones de la ley de Dios, infracciones de sus preceptos, pecados, en una palabra, que no solamente no tienen excusa para la conciencia, ni disculpa en el fondo del corazón; sino que tienen de antemano, antes que el anatema de Dios, el anatema de la propia conciencia del pecador, que el mundo reprueba, que entrega sin piedad á la maldición de sus anatemas, que cubre

de oprobio, prometiendo poner en ellos un sello de infamia eterna; parece como que se levantara el mundo mismo y delatase al pecador para presentarle un tesoro de iniquidad y atraer sobre la cabeza culpable del prevaricador todas las amenazas del cielo.

¿Qué hace, pues, el pecador empeñado ya en ese camino funesto? ¿Qué hace? Después de haber conseguido huir de las voces de su conciencia, ensordecen sus oídos, embargar con el sueño los ojos de su alma para que nada vea de la audacia de sus sacrílegos violaciones ¿qué hace entónces? ¡Ah! Busca como aturdirse, huye, después de haber huido de Dios, de si mismo, de la sociedad de los demás, es decir, de la sociedad sencilla, respetuosa en quien de alguna manera se reflejan las nociones del honor, de la virtud; huye de esas sociedades honestas de las gentes sencillas, busca el ruido, el bullicio, dentro de los cuales se ensordezca, se entenebresca más y más, no vea, ni oiga, ni sienta y pueda beber entónces, apurar en la copa envenenada hasta las últimas heces su corrupción, y exclamar ¡En dónde está Dios! heme aquí dichoso, tranquilo, feliz ¿Dónde está el Dios del cielo? ¿Dónde está la conciencia y la razón y la dignidad y el honor y el decoro? Solo sé que tengo por Dios á mis pasiones, á los intereses de ellas, me abrazo con ellas, con ellas quiero vivir y con ellas morir. Por eso notaréis, mis hermanos, que es muy común entre los mundanos, expresar frecuentemente el horror que les inspira la soledad, el apartamiento, el silencio, la tranquilidad. Una hora no puede estar solo el pecador en esta desgraciada vida; parece que las furias infernales brotando bajo el poder de un conjunto infernal, de las paredes del aposento en que se encuentra, lo cercaran para atacarlo, para morderlo, para despedazarlo; huye de la soledad, de los lugares desiertos; si el sueño se ausenta de sus párpados, no puede soportar el insomnio, ni la sole-



dad de la vigilia; y si pasa tranquilas esas horas es levantándose á buscar una ocupación que lo distraiga, que lo disipe. Y es que en el apartamiento del mundo, suele visitarle Dios, aunque esté embotada su conciencia, aunque esté adormecido; la misericordia divina tiene preparados en sus inagotables tesoros de amor y de ternura, agujones punzantes para esos pecadores, luces brillantísimas para esos entendimientos entenebrecidos. Y el pecador lo que hace para huir de Dios con seguridad, es no estar nunca solo consigo mismo.

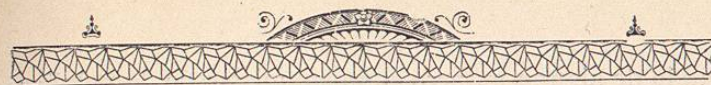
Tanto hace, mis hermanos, hasta que lo consigue; y aquí quisiera tener la inspiración de los antiguos profetas de Israel para pintar sabiamente la desolación de una alma á quien ha abandonado Dios. Porque realmente lo consigue el pecador: apaga todas las luces de su conciencia, acalla todos los movimientos de su corazón, debilita y extingue todos los sentimientos de su alma. Y ese Dios desconocido, despreciado, mil veces ultrajado, despedido ignominiosamente del corazón del pecador, cuya entrada ha cerrado violentamente, con la más tierna gratitud visitalo á cada paso, á cada momento, no solamente con dulzura y con bondad, sino también con su cólera, con sus furiosos; cuando todo esto ha sido en vano, ese gran Dios, se sienta en el camino por donde ha de pasar el pecador, fatigado, del camino que sus divinos pies han recorrido siguiendo á esa loca y extraviada oveja; cuando ya no tiene voz con que llamarla, cuando su corazón para solicitarla se sientecansado y abandona á ese pecador á su perdición y á su ruina, entónces se corona el triunfo del mundo. ¡Ya está levantado el edificio en que habitará para siempre el genio del mal! ¡Ya el ángel de la muerte bate sus fúnebres alas sobre ese corazón mil veces disputado por la misericordia y la justicia de Dios! ¡Ya se ha sellado para siempre la repro-

bación de esa desgraciada alma y una loza más pesada que la que cubría el sepulcro de Lázaro, cubre ya la tumba de esa conciencia, en la cual no se oye una sola voz, ni se mueve siquiera una paja, porque en la desolación de la tumba, apenas se puede percibir el sordo murmullo de los gusanos, que corroen, consumiendo sucesivamente esa presa que ha abandonado la justicia divina! Es esta la tranquilidad, la calma terrible, la recompensa que el mundo dá á esos pecadores obstinados; y al mismo tiempo el más terrible de los castigos con que Dios puede afligir á los hombres prevaricadores!

¡Oh Dios de misericordia y de amor! ¿Con qué negarás tus gracias y tu misericordia á esos desgraciados pecadores? ¡Oh! Ahora comprendo á que término tan funesto han llegado esas prevaricaciones reiteradas del respeto humano, esa constante apostasía de los cristianos; ¡Oh Padre de las almas, redentor suyo que las has comprado con el precio infinito de tu sangre! ¡Ah Señor! Verdaderamente comprendo que el pecador en ese desgraciado estado te ha hecho á ti mismo, víctima de los furiosos del mundo; no le ha bastado sacrificar su eternidad, su honor, la gloria de su nombre las promesas de su bautismo, las esperanzas de su inmortalidad, tu evangelio santo, el honor de tu Iglesia; no le ha bastado inmolarlo todo ante el ídolo del mundo, sino que á sabiendas te ha arrancado de ahí para arrojarte ante ídolos abominables del mundo, haciendo callar tu divina boca en el fondo de su conciencia: ¡Haz Señor un gran milagro! ¡Sí! porque no podrás negar que tu sangre preciosísima fué derramada por ellos, tu cruz expuesta está á la vista del mundo, para que todos los pecadores tengan confianza, en tus indecibles encantos, ó quizá en el fúnebre aparato de tus terribles amenazas; quién sabe Señor, si con esa última gracia,



caerán postrados en tierra, se abrazarán de tus divinos pies, llevarán una vida austera, y morirán en el ósculo de la paz del Señor y habitarán contigo en la Jerusalén celestial!



XXII

**La penitencia cristiana**

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral,  
en la misa ferial del 17 de marzo de 1876.

*Nisi penitentiam habueritis, omnes similiter peribitis.*  
*Si no hicieris penitencia, todos pereceréis.*  
*S. Lucas, c. XIII, v. 3.*

**E**L ministerio de la palabra evangélica, mis hermanos, no ha sido armado de la vengadora espada de la justicia de Dios, para herir en vano á los pecadores. Hay en los inmensos tesoros de la religión un consejo de misericordia y de amor de aquel Padre celestial, que según la eterna y sublime palabra de la Escritura, no hiera sino para sanar, porque las heridas que abre, son para derramar en ellas, el bálsamo del perdón, del consuelo y de la dulzura.

No debo yo dejar, pues, cerrada la puerta á los prevaricadores de la ley santa del Señor; y después de haberos conturbado y afligido, pintandoos los tristes horrores, la espantosa desolación que produce en el alma el pecado, la corrupcion del espíritu del mundo, esa infiltración del veneno de sus máximas, que llega, simu-